

José Antonio Francés
Ilustraciones de Javier Hermida



Una bomba en el jardín

Con actividades
para poner en
marcha tu
imaginación

FINALISTA PREMIO EDEBÉ
de Literatura Infantil

Una bomba
en el jardín

José Antonio Francés
Ilustraciones de **Javier Hermida**

Una bomba en el jardín

FINALISTA PREMIO EDEBÉ
de Literatura Infantil

edebé

© Texto: José Antonio Francés, 2026

© Ilustraciones: Javier Hermida, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición, febrero 2026

ISBN: 98-84-683-7697-4

Depósito legal: B. 19355-2025

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC

PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La carta.....	7
2. Cosas de mayores	23
3. Un plan disparatado.....	31
4. Ladrones de cartas.....	43
5. El mapa del tesoro.....	53
6. Lágrimas de barro	61
7. Para eso están las amigas.....	69
8. El corazón de la tierra	79
9. Una casa por los aires.....	91
10. Mariposas blancas	99

1

La carta

Antes de morir, mi abuelo me dejó una carta escondida en su casa. Solo lo sabemos mi primo Quino y yo. Quino es como un hermano; más aún, porque los hermanos se pelean por cualquier cosa y nosotros jamás discutimos por nada. Mi abuelo me hizo prometer, la última vez que lo vi, que nunca, nunca, me enfadaría con Quino. Puso tanto empeño, que se lo tuve que jurar por la cruz que llevo en el cuello. Yo aún no sabía que estaba tan enfermo. Se le veía bien, bromista como siempre, haciendo chistes con las enfermeras. Me impresionó verlo en la habitación del hospital, con todas aquellas gomas colgadas del brazo y la barba de muchos días. Los hospitales son los lugares más tristes del mundo, aunque veas flores por todas partes.

Las batas de los pacientes son espantosas. Es indigno morir con uno de esos pijamas. La muerte es indigna, siempre.

Nadie me había explicado nada, pero más tarde supe que aquello era una despedida. De haberlo sabido, me hubiese puesto a llorar, seguro, y eso hubiera entristecido a mi abuelo José. Él no merecía marcharse con un mal recuerdo. Tampoco me dejaron ir al tanatorio. A veces los adultos hacen cosas incomprensibles para los niños. Es como si quisieran protegernos del dolor. Pero en el mundo pasan cosas horribles continuamente... Lo veo todos los días en las noticias de los telediarios cuando cenamos juntos. Suenan de fondo y apenas prestamos atención, pero existen. Si te paras a pensarlo, es terrible comer mientras retransmiten una guerra.

De la muerte del abuelo hace ya más de un mes. Esta mañana hemos estado en su casa recogiendo algunas cosas. He visto la urna con las cenizas sobre la chimenea. Tampoco me han contado nada de esto, pero me he



dado cuenta enseguida, porque nunca antes la había visto. Parecía un jarrón, gris y un poco feo. Supuse que allí estaban los restos del yayo, aunque preferí no hacer preguntas.

Mis tíos y mi padre habían quedado para hacer limpieza.

Han tirado todos los trastos viejos que han encontrado por las habitaciones: la manta del sofá, tazas rotas, sartenes viejas, los papeles del escritorio, todo lo que les parecía inútil. Llenaban bolsas grandes de basura y las dejaban en el jardín. Parecía que tuvieran prisa por quitárselas de la vista. Aún había restos de comida en la nevera. A mí me ha dado mucha pena, porque cada uno de esos chismes que tiraban me recordaba al abuelo. Era como si lo estuvieran tirando a él.

Me he tenido que ir al jardín para que nadie me viese llorar. Últimamente, lloro por cualquier cosa. A Paula la tengo frita. Paula es mi mejor amiga y se sienta conmigo en clase. Cada vez que me ve tristona, me da un abrazo y saca un pañuelo de la mochila. Todos los

días trae un paquete de casa, de emergencia, porque llevo una racha que me pongo a llorar en cualquier momento. No puedo creerme que ya no vaya a ver más al abuelo.

Pippa se ha venido hasta mí y me ha lamido las lágrimas. Es una perrita muy cariñosa. La pobre se ha quedado sin dueño de la noche a la mañana y ahora está sola en la casa, hasta que le encontremos a alguien. Quino ha venido a consolarme. Es siempre muy atento conmigo. En el colegio dicen que somos novios, porque me abraza mucho y es muy besucón. ¡Algunos no saben que somos primos!

Estaba ya más tranquila, cuando Quino me llevó al huerto, con gran sigilo, y me explicó lo de la carta. Yo aún no sabía nada. El abuelo, antes de marcharse al hospital, nos había dejado una carta misteriosa escondida en la casa. ¡Una carta secreta!

—¿Y dónde la ha dejado?

Quino se encogió de hombros, nervioso. Miraba a todos lados como si temiera que nuestros padres pudieran oírnos.

—¿Por qué no te la dio en la mano? —le pregunté.

—Había más gente en la habitación —respondió pensativo—, y me dijo al oído que era secreta.

A ninguno de los dos nos extrañó, porque al abuelo José le encantaban aquellos pasatiempos. Desde pequeños, nos dejaba golosinas ocultas por toda la casa y teníamos que descubrirlas con las pistas que nos daba:

*En mi espalda me clavan
sus uñitas los gatos,
y a mí lo que me gusta
es lamer los zapatos...*

Quino y yo estábamos entrenados para resolver aquellas adivinanzas. Entonces, nos íbamos a la puerta de la casa, y bajo la alfombra, encontrábamos una bolsita con chuches. ¡Qué alegría más grande! Incluso estaban más ricas...

A veces lo ponía un poco más difícil y nos tirábamos un buen rato discutiendo dónde demonios había puesto el abuelo el regalo y a qué se refería con sus acertijos, como el día de tormenta:

*Dicen que nunca me muevo,
pero es una gran mentira,
pues si me agarras del tiesto
me voy contigo de gira...*

A mí me divertía ver la cara de pasmado de mi primo. Parecía como si las cejas se le arrugaran y estuviera estrujando los pensamientos. Yo casi siempre lo adivinaba antes que él, pero me gustaba dejarlo en suspense hasta que se daba por vencido.

—¡Está en la maceta! —le gritaba, muerta de risa.

El abuelo nos escribía aquellas adivinanzas para tenernos entretenidos cuando nuestros padres nos dejaban con él los domingos por la tarde. Toda la semana estaba deseando que

llegara ese momento. La casa del abuelo se convertía en una aventura llena de trampas y misterios. Una vez nos hizo excavar un hoyo en el jardín para encontrar un tesoro enterrado, como en las novelas de piratas. A veces nos leía algún poema. Después merendábamos un bizcocho y unas limonadas que él mismo hacía. La casa tenía una parcela enorme, con varios olivos, naranjos, un limonero y un enorme ficus que se veía desde muy lejos. También tenía un pequeño huerto donde plantábamos lechugas y tomates. A veces nos los comíamos a escondidas... ¡Qué sabrosos estaban!

—¡Tenemos que buscar la carta del abuelo!
—Quino me sacó de mis pensamientos—. Seguro que tiene algo importante.

Tenía razón. Aquella carta secreta era la última adivinanza del abuelo y teníamos que descubrir qué quería decirnos. Pero no teníamos ninguna pista y la casa era enorme. Quino y yo subimos al dormitorio, mientras nuestros padres seguían atareados con la limpieza. Da-

ba mucha impresión ver las camisas del abuelo todavía en el armario, y sus zapatillas, debajo de la mesita de noche. Parecía que fuese a entrar de un momento a otro por la puerta para gastarnos una de sus bromas. Un pesado silencio se había adueñado de la habitación y era muy difícil ignorarlo:

—No sé si podré aguantar, Quino —le dije a mi primo, reprimiendo las lágrimas.

—Tienes que ser fuerte, Julia —me respondió—. El abuelo nos ha dejado un mensaje en esa carta y tenemos que encontrarla antes de que lo tiren todo.

No había pensado en esa posibilidad, pero era verdad. Nuestros padres continuaban como locos con la limpieza y las bolsas se acumulaban en el porche. Yo creo que es la extraña forma que tienen los mayores de superar la pérdida de una persona: tirando todo a la basura.

Buscamos por los cajones de la cómoda y del armario, e incluso debajo del colchón, pero no encontramos nada. También miramos en

el cuarto de baño, pero nada. Entonces subimos a la buhardilla. Este era el cuarto más misterioso de la casa. Allí el abuelo guardaba un montón de artilugios raros y antiquísimos, envueltos en toneladas de polvo. Por ejemplo, un tocadiscos de su juventud donde escuchaba música y una colección de discos de vinilo que para nosotros eran objetos prehistóricos. También tenía películas grabadas en unas cajas negras de plástico que él llamaba casetes. Había cuadros y libros, muchos libros, y juguetes de cuando éramos pequeños. Allí estaba el puzle de *La ratita presumida* y la caja de bolitas para hacer collares.

—Si la carta está en la buhardilla, no la encontraremos nunca —añadió Quino, un poco desanimado, al ver aquel amasijo de trastos apilados y cajas de cartón.

—Recuerda lo que nos decía el abuelo —le contesté—: el mejor escondrijo, a veces, es dejar las cosas a la vista.

Quino y yo nos empeñábamos en buscar las chuches en los sitios más escondidos, pe-

ro, en ocasiones, las cosas son más sencillas. Por eso el abuelo las dejaba visibles, en el frutero de la mesa o en la estantería de libros, y se moría de la risa cuando pasábamos por delante y no las veíamos.

De pronto, escuchamos un ruido en la planta baja. Quino y yo nos acercamos a la escalera para pegar la oreja, aunque no hacía mucha falta, pues las voces se oían en toda la casa. Hacía rato que había llegado el tito Jaime y los tres hermanos discutían por algo. Jaime es el hijo pequeño de mi abuelo José, e Isabel, la madre de Quino, era la mediana. Mi padre, José, es el mayor de los tres hermanos.

Por lo visto, mi tío Jaime había encontrado una pulsera de la abuela Rosa y se la quería quedar. A mi tía Isabel no le gustó mucho aquella idea.

—Acabas de llegar y ya quieres quedarte con las cosas de mamá —le reprochó.

—He venido en autobús y he llegado más tarde —le respondió el tito—. No tengo coche, como tú.

Así estuvieron un buen rato, riñendo por cosas que ni Quino ni yo entendíamos, y saltando de unos temas a otros.

—Podías haber visitado a papá un poco más, aunque no tengas coche —continuó la tita.

—No tienes derecho a hablar así a tu hermano, Isabel —añadió mi padre—. Cada uno ha hecho lo que ha podido. Y papá ya no está con nosotros...

Mi padre no era amigo de discutir, pero a veces tenía un tono seco que hasta a mí me sorprendía. Nunca había escuchado a los titos hablar de aquella manera y me puse un poco nerviosa. Ta vez por eso se me cayó la caja de collares por la escalera.

Las bolitas llegaron hasta la cocina. Se hizo un silencio tremendo. Solo se escuchaba a Pippa, ladrando en el jardín.

—¿Se puede saber qué hacéis vosotros dos ahí arriba? —preguntó mi padre, con visible enfado.

Quino me dio con el codo, como diciéndome que me tocaba a mí responder por aquello del parentesco.

—Estamos curioseando entre las cosas del abuelo —le respondí.

No dijimos nada de la carta. Después me di cuenta de que había hecho bien. Si se lo hubiésemos contado, tal vez se habrían enfadado aún más. No estaba el ambiente para muchos secretos. Y cuanto menos supieran, mejor.

—Id al patio —nos ordenó Isabel—. Ahora estamos hablando cosas de mayores.

El tito Jaime nos dio un abrazo antes de salir.

—¡Qué mayores estáis! —nos dijo, sorprendido.

—Si vinieras a verlos más a menudo... —interrumpió Isabel, mientras volvía a las bolsas de basura, con un enfado que no quería disimular.

Quino y yo nos sentamos en los escalones de madera del porche, sin decir nada. Desde allí, se veía el bosque de pinos que rodeaba las casas. Tras las copas de los árboles se ponía el sol, con esa luz triste que tienen los días



cuando se despiden. Parecía que la carta del abuelo se perdiese también en toda aquella negrura, como si nunca hubiera existido.

Pippa se echó a nuestros pies y se quedó quieta. Pocos domingos atrás, a esa misma hora, el abuelo se había sentado con nosotros y nos había leído un poema de un poeta muy famoso que solo en ese momento entendimos:

Y yo me iré, y se quedarán los pájaros cantando...

Los pájaros, como había adivinado el abuelo, cantaban en los árboles y la noche se adueñaba del paisaje, como una sábana de oscura melancolía.

Mi padre no tardó en aparecer y me indicó, con la mirada, que regresábamos a casa. Ni siquiera nos despedimos de los titos.